

raciones del emperador borraban ya estas repugnancias. El primer cuidado del monarca prusiano había consistido en no entregarse á nadie y conservar, como él decía, *sus dos manos libres*, sin duda á fin de poder coger con una y otra tan pronto como se presentase la ocasión. A fines de 1853, el sangriento episodio de Sinope había impresionado mucho los sentimientos humanitarios del rey, y bajo esta impresión se había separado un poco del zar. En enero de 1854 se negó, como hemos visto, á firmar con Rusia un tratado de neutralidad. Hizo más, tuvo el pensamiento de hacer causa común con las potencias occidentales, y con tal objeto envió á Londres un agente oficioso, el Sr. de Pourtalés. Federico Guillermo no indicaba la naturaleza de su concurso; pero, con una precisión muy prusiana, estipulaba de antemano el precio del mismo: este era la libertad eventual de reformar á su antojo el estado territorial de la Confederación, y el reconocimiento de sus derechos sobre el principado de Neufchatel. «Trátase de Oriente y no de Alemania ni de Neufchatel,» contestó lord Clarendon, y el Sr. de Pourtalés sólo encontró alguna simpatía en el príncipe Alberto. A principios de marzo, el caballero de Bunsen, ministro de Prusia en Londres, hablando con el jefe del *Foreign Office*, pareció prestarse á nuevas negociaciones. Esta vez Prusia pedía, en cambio de su buena voluntad, que se garantizase su frontera del Nordeste y se limitase la marina rusa del Báltico. En esto rompieron las hostilidades. Federico Guillermo se asoció entonces por medio de dos actos oficiales á la política de las potencias de Occidente. El día 9 de abril, de acuerdo con Austria, protestó por medio de un protocolo en favor de la integridad del imperio otomano. El 20 de abril, firmó con el gobierno de Viena un convenio mediante el cual los dos Estados se garantizaban recíprocamente sus territorios, obligándose á velar por la seguridad general de Alemania. La importancia del convenio residía, no en sus estipulaciones generales, sino en el artículo suplementario anejo. En virtud de esta disposición adicional, Prusia y Austria habían de unirse para solicitar de Rusia la evacuación de las provincias danubianas: además, la incorporación de los Principados ó el paso de los Balcanes sería para ambas potencias alemanas un *casus belli*.

¿Sería este convenio la última palabra de la buena voluntad prusiana? La incertidumbre duró poco. Aun en el momento en que ofrecía sus servicios á Londres, el rey Federico Guillermo, siempre fluctuante é irresoluto, estaba más dispuesto á la reserva que á la acción. Al menos así se desprende de su correspondencia: «Soy neutral, escribía en 9 de enero al caballero de Bunsen, y si alguien quiere pegarme, yo le pegaré (1).» El tratado del 20 de abril no estaba aún firmado, y ya el rey procuraba hacer que resultase vano. Dos partidos se disputaban la influencia en Berlín: el partido ruso, apoyado por la Gaceta de la Cruz y muy poderoso en la corte y en la aristocracia militar; y el partido liberal, más favorable á los Estados occidentales, sostenido sobre todo por el príncipe real y por el primer ministro, Sr. de Manteuffel. Federico Guillermo mantuvo á su ministro, pero por todo lo demás se inclinó hacia los

(1) *Aus dem Briefwechsel Friedrich-Wilhelms IV mit Bunsen von Leopold de Ranke*, pág. 322.

amigos del zar. El general Bonin, ministro de la Guerra, abiertamente hostil á Rusia, fué relevado de sus funciones; el caballero de Bunsen fué llamado de Londres y substituído por el general Von Groeben, uno de los miembros más entusiastas del partido moscovita. Con tales medidas, el monarca no sólo afirmaba su voluntad de no tomar las armas, sino que marcaba también el matiz de su neutralidad.

En París, este cambio causó poca sorpresa y sobre todo poca irritación: afectóse ignorar la nueva política prusiana. «El protocolo del 9 de abril atestigua la unión de las cuatro potencias,» decía gravemente el *Monitor* del 3 de mayo. El Sr. de Moustier, ministro de Napoleón III en Berlín, se contentaba con hacer suavemente, de vez en cuando, la observación de que en la capital prusiana les estaba todo permitido á los partidarios de la alianza rusa, y nada á los partidarios de la alianza occidental.

En Londres, donde se contaba con los sentimientos personales del rey, la decepción fué más viva y el lenguaje más agrio. Federico Guillermo había confiado al general Von Groeben una carta autógrafa para la reina Victoria, y en esta carta señalaba sin disfraz su conducta futura. «Estoy resuelto, decía, á la neutralidad completa...; mi pueblo y yo estamos unidos. ¿Qué tenemos que hacer contra el turco? Que éste caiga ó se mantenga en pie, ¿qué importa á los industrioses habitantes de las márgenes del Rin y á los labradores del *Riesengebirge*? Admitamos que los turcos han sufrido; los turcos no somos nosotros; el turco tiene buenos amigos, pero, á pesar de todo, el emperador Nicolás es un digno *gentleman* y no nos hace ningún daño.» La reina contestó á su real corresponsal: «Vuestra carta puede que tenga buen sentido práctico y se comprendería en boca de un rey de Sajonia ó de Hannover. Pero hasta ahora yo había considerado á Prusia como una de las cinco grandes potencias que desde 1815 han sido garantes de los tratados... Si vuestro ejemplo encuentra imitadores, la civilización europea se convierte en un juguete que se echa al aire, el derecho se queda sin campeón y el oprimido sin árbitro á quien apelar (2).» El príncipe Alberto no se mostró menos mordaz, pero, en su patriotismo germánico, deploró menos los peligros de Europa que la retirada de Prusia: «Si hubiese habido una Alemania y un monarca alemán en Berlín, escribía el 28 de abril, no hubiera llegado la guerra (3).» Lo que los soberanos manifestaban con acritud, la prensa inglesa lo exhaló con violencia, y no encontró términos bastante injuriosos para censurar el egoísmo prusiano.

Nada hizo cambiar de actitud á Federico Guillermo. Después de refrenar el vuelo de sus ambiciosos ideales, persuadido de que en el presente conflicto no había fruto alguno al alcance de su mano, resolvió permanecer neutral é inmóvil. En torno de él, la consigna fué protestar contra toda inmixción. ¿Qué papel podía desempeñar Prusia en la guerra? ¿Tomaría vigorosamente la ofensiva hacia el Norte ó seguiría modestamente á Austria? La primera actitud sería peligrosa y la segunda humillante. A este lenguaje, bastante sensato, se le prestaba oídos complacientes en Berlín. «No queremos

(2) *The life of the prince Consort, by Théodore Martin*, t. III, páginas 41-45.

(3) *The life of the prince Consort*, tomo III, pág. 62.

representar el papel de cero al lado de Austria, escribía Bismarck, entonces ministro de Prusia en la dieta de Francfort... A medida que Austria se eleva, nosotros descendemos políticamente al nivel de los pequeños Estados (1).» A estas consideraciones se añadía un temor muy extraño, que se había generalizado en el país: se temía que si Austria y Prusia se declaraban contra Rusia, el zar se entendiase á toda costa con Francia é hiciese pagar caros á sus vecinos alemanes los gastos de la lucha (2).

Sin embargo, era preciso dar una consagración siquiera oficial al tratado del 20 de abril. Mediante una nota del 12 de junio, el gabinete de Berlín se unió al de Viena para recomendar á San Petersburgo la evacuación de los Principados. Era más bien el cumplimiento de una obligación que el objeto de un deseo real. Este deseo fué en parte atendido, pues seis semanas después las tropas rusas se replegaron hacia el Pruth. Desde entonces el rey Federico Guillermo, agradecido á aquella aparente satisfacción, consideró terminado su papel. En medio del estrépito de la guerra, Federico Guillermo se complacerá en mostrar la feliz quietud de sus pueblos. «La patria no se halla comprometida, decía en 30 de noviembre de 1854 al abrir el Parlamento de su país, y la paz encuentra todavía un asilo entre nosotros.»

II

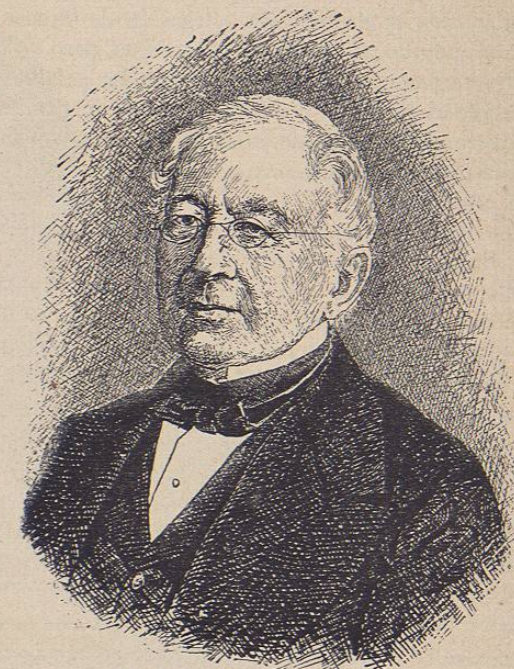
Muy distinta era entonces la actitud del emperador Francisco José. En Viena no podían decir como en Berlín: ¿Qué nos importan el mar Negro ó las riberas del Danubio? Sin ir hasta la guerra, Austria, abandonada por su vecina, se aplicó á deducir del tratado de 20 de abril las consecuencias legítimas. Hízose un empréstito; prescribióse una leva; concentráronse considerables fuerzas en las fronteras de Transilvania; y un convenio firmado el 14 de junio con la Puerta Otomana autorizó al ejército austriaco para una ocupación eventual de los Principados danubianos. Pero tanto si había de restablecerse la paz cuanto si había de extenderse la guerra, era esencial precisar las causas del conflicto y decir á costa de qué se apaciguaría. En 8 de agosto de 1854, una nota redactada en Viena y concertada entre los representantes de Francia, Inglaterra y Austria, determinó, reduciéndolos á cuatro, los puntos del litigio. En primer lugar, importaba que el protectorado ruso sobre las provincias danubianas fuese substituído por un protectorado colectivo de las potencias. En segundo lugar, la navegación del Danubio había de ser libre de toda traba. En tercer lugar, la independencia del Imperio otomano había de asegurarse. Finalmente, se juzgaba indispensable que Rusia renunciase á todo patronato exclusivo sobre los súbditos cristianos de la Sublime Puerta. Tales eran las condiciones de las potencias occidentales; tales eran las *cuatro garantías* reclamadas por ellas y designadas más tarde en el lenguaje diplomático con el nombre de los *Cuatro Puntos*. Asociándose á los deseos de Francia é Inglaterra, el emperador

(1) *Correspondance de M. de Bismarck*, tomo I, págs. 274 y 283.

(2) Véase *Correspondance de M. de Bismarck*, tomo I, página 307.

Francisco José no salía aún de su situación expectante, pero ya revelaba su neutralidad más claramente que Federico Guillermo la suya.

Como la nota del 8 de agosto había sido acogida con desdén en San Petersburgo, el gabinete de Viena juzgó conveniente afirmar con más claridad sus preferencias. En virtud de un tratado concluído el 2 de diciembre con Francia é Inglaterra, se apropió las cuatro garantías, obligándose solemnemente á hacerlas prevalecer. Una cláusula especial imprimía al tratado su verdadero carácter: si el restablecimiento de la paz general no que-



El príncipe Alejandro Gortschakof

daba asegurado antes de que terminase el año, de conformidad con las bases expuestas, los soberanos de Francia, Austria é Inglaterra «deliberarían sin demora sobre los medios eficaces de conseguir el objeto de su alianza (3).» Era para el emperador de Rusia una invitación á negociar, pero una invitación conminatoria. El emperador de Austria llegaba á los últimos confines de la neutralidad. Un paso más, y pasaría de la paz á la guerra.

III

Una hora después de haberse firmado el tratado, el príncipe Alejandro Gortschakof, que había reemplazado como embajador en Viena al Sr. de Meyendorf, entraba en casa del conde Buol, quien le enteró del acto que acababa de realizarse.

El príncipe Gortschakof había sentido de lejos el peligro y con frecuencia lo había denunciado en sus despachos. Siguiendo sus consejos, el gabinete de San Petersburgo acababa de autorizar al fin una especie de adhesión general á los *Cuatro Puntos*, y el diplomático ruso creía haber conjurado con esta medida la unión del Austria con las potencias occidentales. Al ver que esta unión, lejos de debilitarse, se fortalecía por medio

(3) Artículo 5.º del tratado.

de un solemne tratado de alianza, su sorpresa fué grande y su cólera también. «Vine á trabajar por la paz, y la habéis hecho imposible, dijo al ministro vienés. Nos inferís una herida mortal; no me queda más que hacer sino recoger mis pasaportes.—Pedid más bien plenos poderes que os autoricen á firmar las condiciones de la paz sin reticencia y sin reserva,» replicó el conde (1). El enviado ruso ya había vuelto la espalda; salió de la cancillería, regresó á la embajada y divulgó entre el cuerpo diplomático sus recriminaciones y sus quejas. Los representantes de los pequeños Estados alemanes, casi todos adictos á Rusia, empezaron á murmurar contra la *traición de Austria*. En la legación de Prusia se callaron, porque así lo quería la consigna, pero no era difícil interpretar aquel silencio. La última palabra de la habilidad berlinesa consistía en hacer lo contrario del Austria, y en medio de todas las fluctuaciones de la política prusiana, esta orientación era la única que no varió casi nunca.

Las circunstancias apuraban á Rusia. Contra Francia é Inglaterra la lucha era difícil, y si Austria se unía á ellas, se desvanecía toda esperanza. Era preciso romper á toda costa la *triple alianza* ó, á fuerza de dilaciones, hacer que resultase vana. A esto se aplicó el príncipe Gortchakof.

Los nuevos aliados habían resumido en un *memorándum* los *Cuatro Puntos* ya enumerados en la nota del 8 de agosto. Habiéndose leído el *memorándum* en 28 de diciembre de 1854 al enviado ruso, éste afectó desde luego un poco de altivez; pero se comprometió al fin á pedir órdenes del zar y á comunicar sus instrucciones en el plazo de quince días. El 7 de enero llegó la contestación de San Petersburgo: esta era una aceptación de los *Cuatro Puntos* como base oficial de negociación.

Parecía que ya no faltaba más que abrir las Conferencias. Gortchakof se encargó de aplazar su inauguración, de alargar sus debates, de declinar toda concesión sin crearse sin embargo un nuevo enemigo para su patria, de ir ganando días sin que el gabinete de Viena tomase una resolución, de mantener encadenados en su extrema frontera los contingentes austriacos, mientras la contienda se desarrollase en torno de Sebastopol.

En esto un acontecimiento inesperado sumió á los ministros vienés en grandes perplejidades. A mediados de diciembre los periódicos de Londres empezaron á hablar de un nuevo aliado que al parecer iba á unirse á los Estados occidentales. No se trataba de la poderosa Austria, sino de un pequeño reino. Pocos días después se supo que el Piamonte negociaba con Francia é Inglaterra un tratado de alianza, disponiéndose á poner una fuerza de quince mil hombres al servicio de la causa común y especialmente de la Gran Bretaña. De modo que mientras en París y Londres solicitaban al Austria, solicitaban también á su peor enemigo. En Viena la reprobación fué unánime; avivóla el príncipe Gortchakof, y esta vez fué favorablemente escuchado. Drouyn de l'Huys había previsto la emoción, y en sus despachos al Sr. de Bourqueney había invocado de antemano el beneficio de las circunstancias atenuantes. «En el actual estado de cosas, le escribió (2), no pode-

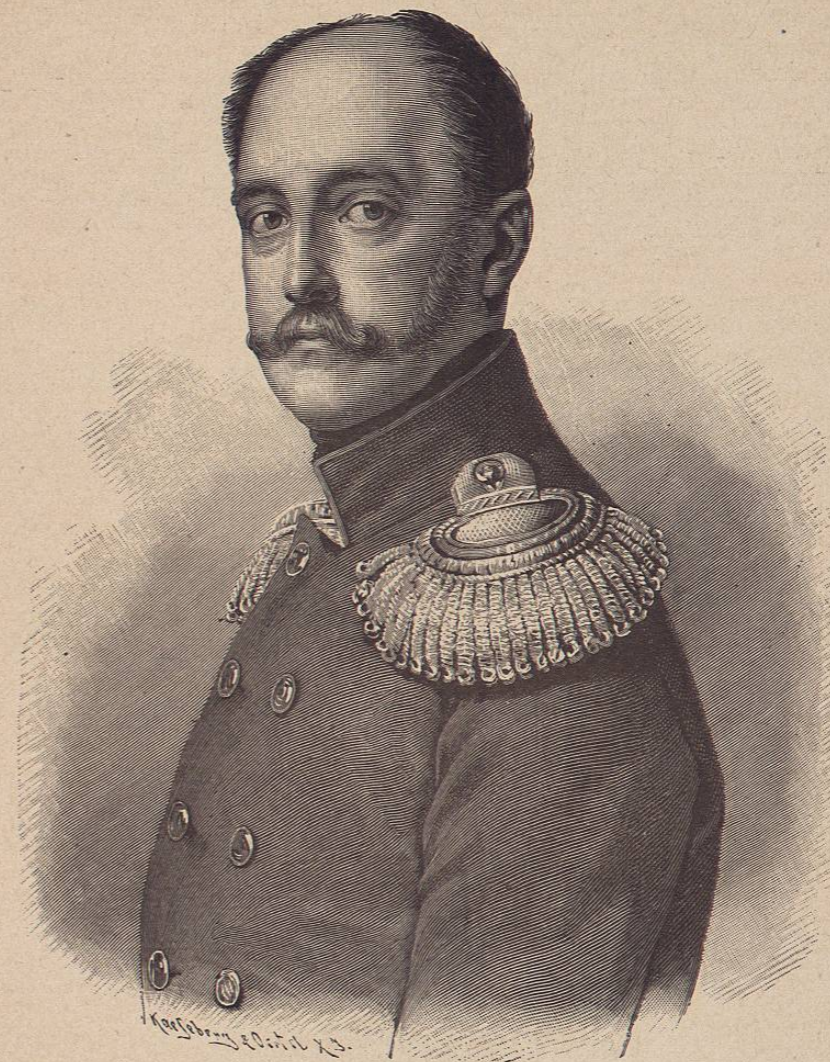
(1) Despacho del Sr. de Bourqueney al Sr. Drouyn de l'Huys, 4 de diciembre de 1854.

(2) Despacho del 2 de enero de 1855.

mos censurar que Inglaterra, para aumentar sus fuerzas, acuda adonde esté segura de encontrar sin dilación un contingente disponible. Necesitamos refuerzos, ¿no es natural que aprovechemos los primeros que se nos ofrecen?» El argumento era mediocre. ¿Era tan apurada la situación que el auxilio del pequeño Piamonte fuese indispensable? El mismo Drouyn de l'Huys previó la objeción, y para estimular la buena voluntad y activar las decisiones de Austria, recurrió á otro medio. Dió á entender que, á falta del concurso de Alemania, Francia podría concluir de improviso con el zar una *paz caballerosa* sin estipular nada respecto á los Principados moldo-valacos, ni respecto á la navegación del Danubio, ni respecto á ninguna de las cuestiones que en Viena se tenía principal empeño en solventar. En 20 de enero escribió al Sr. de Bourqueney: «Podríamos hacer de la lucha actual una simple cuestión de honor militar entre Rusia y nosotros, y después de haber obligado al emperador Nicolás á reconocer la superioridad de nuestro valor y de nuestros recursos, devolverle incondicionalmente la espada.»

Retenido por el príncipe Gortchakof y empujado por los representantes de Francia é Inglaterra, el conde Buol vacilaba, prestando á los aliados un concurso puramente moral y aplazando las resoluciones decisivas. Así transcurrió el mes de enero sin que se reuniese la Conferencia. En el mes siguiente, la caída del ministerio Aberdeen fué una nueva ocasión de retraso. Los diplomáticos iban al fin á reunirse, cuando un acontecimiento extraordinario hizo olvidar las negociaciones y tuvo los ánimos en suspenso por espacio de algunos días.

La gran noticia venía de San Petersburgo. Hacía meses que el zar Nicolás llevaba con visible fatiga, aunque con valor siempre igual, el peso de su inmenso imperio; todas sus pasiones se concentraban en su ejército, y había seguido con febril ansiedad las diversas fases de su fortuna. Después de la batalla de Alma creyó en la conquista de Sebastopol; habiéndose organizado la resistencia, recobró la confianza; después del bombardeo infructuoso del 17 de octubre, la esperanza rebosó en verdadera alegría; pero pocos días después el siniestro combate de Inkermann había anublado nuevamente sus pensamientos: había llegado, por último, el invierno con sus correos á menudo retrasados y sus noticias oscuras ó contradictorias. El espíritu del emperador se gastaba salvando las distancias, interpretando los mensajes, calculando las probabilidades contrarias ó propicias; y los repetidos choques del dolor ó de la alegría herían su corazón á punto de romperlo. Estas emociones le consumían tanto más cuanto que la soledad de su rango supremo no le permitía compartirlas con nadie. A los tormentos del orgullo herido se unía el profundo pesar de sus pérdidas. Le acosaban toda clase de presentimientos y sobre todo el de su muerte, que creía próxima. Cumplía, sin embargo, sus deberes de soberano, no sólo con su acostumbrada actividad, sino que también con una escrupulosa solicitud. El 21 de febrero, hallándose abatido por un catarro complicado con calentura, su médico le conjuró que no saliese de palacio si no quería que su estado se agravase al punto de hacerse peligroso. «Habéis cumplido con vuestro deber, le replicó el emperador con una dulzura que no le



NICOLÁS I, EMPERADOR DE RUSIA

era habitual; dejad que cumpla con el mío.» Salió, y bajo el frío glacial de aquellas regiones, pasó revista á un regimiento que marchaba á Crimea. A su regreso, sus facciones alteradas presagiaban un mal grave y quizá un peligro próximo. Pocos días después, un correo anunció el fracaso de un ataque intentado por los rusos sobre Eupatoria. Esta nueva desgracia acabó de quebrantar el alma del enfermo. El 28 de febrero el peligro era inminente. El 1.º de marzo empezó la parálisis del pulmón y se perdió toda esperanza. Al sentir próximo su fin, el zar no quiso engañar á su pueblo ni en-

El 1.º de marzo se supo en Europa la grave enfermedad del zar; á la mañana siguiente se tuvo conocimiento de su estado desesperado, y, por la noche, varios despachos llegados por la vía de Berlín anunciaron á París y Londres la muerte del monarca.

Las masas no atribuían á la guerra otra causa que la orgullosa obstinación del emperador Nicolás; habiendo desaparecido el instigador de la lucha, se creyó que el conflicto se solucionaría por sí solo. El 3 de marzo, en



Nicolás I en su lecho de muerte

gañarse á sí mismo: envió á Moscou, á Kiew, á Varsovia, un despacho que contenía estas simples palabras: «El emperador se muere.» Llamó á sus principales consejeros, al conde Orlof, al conde Adelsberg, al príncipe Dolgorouki, les hizo el encargo de su despedida y les recomendó á su sucesor. Acordándose de su cuñado el rey de Prusia, dijo varias veces: «Que Federico Guillermo continúe adicto á Rusia.» Su pensamiento volaba siempre á Sebastopol, y encargaba que en su nombre diesen las gracias á los generales, á su guardia y á su ejército. «Yo quería dejarte un imperio bien ordenado y disfrutando de la paz, dijo á su hijo: la Providencia ha decidido otra cosa... Ya no me queda más que rogar por todos, por la Rusia.» La emperatriz le recitó el *Pater noster*, y al llegar á este versículo: «Hágase tu voluntad.—¡Siempre!, contestó él, ¡siempre!» Casi fueron sus últimas palabras. No se oyeron ya más que algunas sílabas entrecortadas. «¡Oh!, ¡mi hermoso Peterhof!,» murmuró aún el emperador, como si su pensamiento, ya envuelto en tinieblas, se hubiese transportado á aquella suntuosa residencia de sus años tranquilos y felices. Poco después expiró. Era el viernes, 2 de marzo, á mediodía.

la Bolsa de París, un alza de cerca de cinco enteros sobre los fondos públicos probó cuán grande era la esperanza de la paz.

En el mundo político las opiniones fueron menos optimistas. Alejandro II, el nuevo emperador, parecía menos inflexible que su padre, y en varias ocasiones había manifestado, según se decía, sus deseos de una honrosa transacción. Pero, cualesquiera que fuesen sus disposiciones personales, ni el respeto filial ni el orgullo de sus pueblos le permitían repudiar de buenas á primeras la herencia paterna. Drouyn de l'Huys no dejó de prevenir á sus agentes contra la excesiva confianza, y los hechos justificaron sus temores. En los manifiestos que anunciaron el nuevo reinado, el espíritu de conciliación y el espíritu de altivez estaban graduados con una ponderación tan estudiada que las esperanzas pacíficas ó belicosas se hallaban igualmente satisfechas. Los más experimentados juzgaron desde luego que la guerra continuaría á pesar del cambio de soberano, y esto en virtud de una fuerza de impulsión imposible de refrenar en seguida.

Bajo tales auspicios la Conferencia de Viena, tantas veces retrasada y eludida, celebró en 15 de marzo su